



TRAS ESA MONTAÑA ESTÁ LA ORILLA

EVA CID

Prólogo de Nacho Vigalondo



$$x_2 = -\frac{2-\sqrt{8}}{25}$$

TRAS ESA MONTAÑA ESTÁ LA ORILLA

EVA CID

Prólogo de Nacho Vigalondo



Amor de Madre

— EDITORIAL JOVEN, FEMINISTA & LGBT+ —



Amor de Madre

— EDITORIAL JOVEN, FEMINISTA & LGBT+ —

www.editorialamordemadre.com

En Twitter: @AmordemadreEd

En Instagram: @AmordemadreEd

Título original: *Tras esa montaña está la orilla*, 2020

Primera edición en Amor de Madre: septiembre de 2020

Editoras: Victoria Irene Borrás Puche & Inmaculada Puche Romero

Ilustración de cubierta e interior: Victoria Irene Borrás Puche

Composición y maquetación: Amor de Madre Editoras

© Eva Cid, 2020

© del prólogo: Nacho Vigalondo, 2020

© de la ilustración de cubierta: Victoria Irene Borrás Puche, 2020

© de la presente edición: Amor de Madre, 2020

29010, Málaga

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

ISBN: 978-84-947043-4-5

D. L.: J 575-2020

Impreso en España

El Hombre, se supone, es el verdadero representante de la Humanidad. Hace años todos éramos Hombres de las cavernas. Además tenemos el Hombre de Java, el futuro del Hombre, los valores del Hombre occidental, el Hombre existencial, el Hombre económico, el Hombre freudiano, el Hombre en la Luna, el Hombre moderno, el Hombre del siglo dieciocho y demasiados Hombres que considerar o mirar o creer. Ahí está la Humanidad. Un aterrador matiz de risa corona estas paradojas. Durante años he estado diciendo: Déjame entrar, Quíereme, Acéptame, Defiéndeme, Regúlame, Valídame, Sosténme. Ahora digo: Hazme sitio.

EL HOMBRE HEMBRA, JOANNA RUSS

Problemas de seguridad

Volví a casa mirando con nerviosismo por encima de sus hombros. Le ardían los ojos, el pecho le temblaba como si albergara algún animal rabioso, y la sangre y el barro secos formaban ya una costra entre sus dedos. Se detuvo unos instantes para sacudirse la tierra y los cristales que se resistían a desprenderse de su ropa, y aprovechó para recuperar el aliento. Volvió a mirar atrás antes de reanudar la marcha.

Nadie.

La noche era tibia, desangelada. La avenida principal, remachada a ambos lados por inmensas moles de piedra gris que se alzaban hacia el cielo, permanecía en un silencio acusador. Los interminables ventanales de los edificios proyectaban sus incógnitas sobre la calle vacía. Quién sabe si habría alguien mirándola desde lo alto. La idea le produjo un cosquilleo de intranquilidad, pero decidió que no le importaba.

Cerró tras de sí la puerta de su pequeño módulo y se desplomó sobre el futón arrinconado en una de las esquinas de la sala principal. Rebuscó en los bolsillos de su chaqueta, encendió el último cigarrillo y se atusó el pelo grasiento con las manos aún temblorosas. Estaba segura de que habría represalias al día siguiente. Al menos, las ventanas rotas mantendrían ocupados durante algunas horas a esos perros inútiles. No le preocupaba demasiado lo que pudiera pasarle a ella.

Se levantó del futón con cierto esfuerzo y se dirigió al refrigerador que zumbaba con su neón moribundo en la

esquina opuesta. Seleccionó *BuBBles* en el panel de control y la puerta del dispensador se abrió para expulsar una botella verde casi helada.

El psicoalcohol no escaseaba en Rossum. Por unos cuantos créditos al mes, la red de suministros se encargaba de mantener las neveras de particulares siempre llenas de aquella peculiar adormidera. Una política muy conveniente para aplacar cualquier atisbo de insurgencia que la gente celebraba como generosidad desinteresada.

Su abuela solía contarle historias de La Rebelión. Recordaba esa excitación líquida palpitando en sus grandes ojos castaños cuando relataba cómo La Liga había conseguido expulsar de la ciudad a los terratenientes, y cómo el pueblo había prosperado gracias al nuevo gobierno de coalición. Por desgracia, aquello no duró demasiado. Rossum era una ciudad pequeña, constreñida por la caprichosa geografía circundante, pero de altísimo valor simbólico y, por tanto, pieza clave para el régimen. A una década de prosperidad, fruto de la lucha de las rebeladas, le siguieron cincuenta años de silencio y mansedumbre. Muchas de las supervivientes huyeron. Su madre decidió quedarse.

El brebaje, picante y efervescente, ya surtía efecto y rápidamente recondujo su rabia al centro mismo del dolor.

Annie. Dónde estás, Annie.

Pero la rabia se diluía rápido, desaparecía por aquel sumidero narcótico que la dejaba hueca y sin voluntad. Apuró el resto del psicoalcohol y volvió a desplomarse sobre el futón, arrullada por el sonido del vidrio que rodaba lentamente por el suelo.

Annie. Madre. Dónde estáis.

Los búhos.

Los búhos.

Dónde están los búhos.

Despierta

Las ballenas pueden matar de un grito. Un grito sordo, desdentado y resbaladizo como una explosión de agua. El grito de las ballenas está pariendo todos los hijos que nunca tuve y nunca tendré, mientras derribo a puñetazos una pared que se deshace en millones de piedras estelares que vuelan rabiosas por el cosmos hasta impactar, como proyectiles de ira celestial, en las cabezas infames de los que viven protegidos por la luz del sol.

Estoy sentada frente al mar. El agua se mueve uniforme, como una criatura colosal y viscosa que lanzara hacia mí sus olas negras, lenguas resplandeciendo bajo la luna que serpean para mordirme los dedos de los pies. Han venido a por mí, quieren llevarme a morir. Siento el agua helada frente a mi cuerpo y el fuego a mis espaldas, pero no puedo moverme. Las nubes, el humo y el vapor se entremezclan dibujando filigranas de colores en el cielo. Los gritos de mis hermanas restallan contra mi nuca. Desde la bóveda celeste, infestada de culebras, se abren dos pares de ojos inmensos; un par al este, otro par al oeste. Los ojos, ranuras ovaladas cubiertas de una membrana lechosa, nos contemplan con indiferencia. Con el primer parpadeo del oeste, una descarga de miedo me atraviesa como un relámpago. No puedo moverme, mi cerebro se ha desconectado de mi cuerpo. Abro la boca para gritar, pero no se escucha nada. El suelo se desmorona. Y caigo.

Julia abrió los ojos de repente. Kate, todavía despierta, la miraba por encima de su tableta lectora.

—¿Otra pesadilla?

Julia no respondió. Se incorporó con dificultad y agarró la botella de agua que descansaba en el suelo, junto a la mesilla. Bebió con ansia, dejando que parte del contenido resbalara por sus comisuras hasta formar una gran mancha circular en la camiseta. Kate se revolvió al otro lado de la cama para acomodar con los puños el viejo almohadón en el que solía recostarse para leer por las noches.

—Estaba a punto de despertarte. Estabas muy tensa, y gemías, como si te doliera algo. ¿Estás bien?

Guardó silencio. Seguía aferrada a la botella con ambas manos, apretándola contra su pecho.

—Estás pálida. —Extendió un brazo para rozar suavemente la cara de Julia con el dorso de la mano—. Y helada. ¿Te preparo algo caliente?

—Esta vez había algo diferente —dijo sin mirar a Kate. Tenía la vista clavada en el panel violeta que permanecía retroiluminado al mínimo al otro lado de la habitación—. Esta vez ha sido mucho peor. Como si algo despertara. Como si algo pudiera verme *por dentro*. —Se giró para mirarla—. No quiero molestarte, pero una leche de prunias templada me vendría bien. Es la única forma de que pueda volver a conciliar el sueño.

—No deberías abusar de la prunia, te vas a quedar tonta —respondió, arrugando la frente—. Vuelvo enseguida.

Kate se levantó, rodeó la cama y se inclinó sobre Julia para besarla antes de desaparecer por el pasillo.

Vivían juntas desde hacía tres años, en uno de esos módulos bipersonales estándar de Zona 9, en Novaria. Dos habitaciones, dos baños, dos salas de trabajo, cocina, sala común, y un pequeño balcón desde el que contemplar las hipnóticas luces nocturnas de la ciudad. Solían salir a comer, a cenar, a beber. Tenían buenas amigas. Se divertían juntas. La propia Philippa se había alegrado al enterarse.

Vivían bien. Novaria era la segunda ciudad más grande del continente, y la más poblada. Su prominente industria del ocio, que había florecido de forma espectacular en las últimas décadas, y un estimulante panorama en materia de ciencias y artes, la habían posicionado como uno de los lugares de residencia preferidos por las onfalinas, especialmente por las más jóvenes.

Julia estaba terminando de adecentar la sala común cuando escuchó a Kate maldecir desde la cocina, probablemente porque llegaba tarde al Archivo por tercer día consecutivo. El aroma del café recién hecho impregnaba toda la casa. Tocó el panel de la pared en cuatro puntos distintos para atenuar la iluminación y salió de la estancia.

—Deja que te sirva un café. —Kate se movía deprisa, limpiando torpemente los restos del grano molido. La gabardina reglamentaria del comité, que había pedido expresamente un par de tallas más grande, se arremolinaba sobre su cuerpo de forma cómica—. Total, voy a llegar tarde otra vez. Qué más da.

—¿Hasta qué hora estuviste leyendo? —preguntó Julia.

—No lo sé. Un buen rato después de que te volvieras a dormir. —Kate se pasó los dedos, delgados y tensos,

por los rizos rubios del flequillo—. Estuve riéndome en voz alta, estoy leyendo algo increíble —añadió, con los ojos muy abiertos—. Tú ni te inmutaste, por cierto. —Le extendió la taza—.

—Culpa tuya —dijo sonriendo—, por tener tan buena mano con las drogas. —Abrazó cuidadosamente el calor de la taza con ambas manos y dio un sorbo—. Con todas. El café está muy bueno.

—Gracias —Kate le dedicó una amplia sonrisa. Tenía la mirada azul y limpia—. Por cierto, ¿hoy no trabajas? —Recorrió con la mirada el viejo mono desgastado que llevaba puesto.

—Sí, pero puedo hacerlo desde aquí. He pasado mala noche, así que prefiero quedarme en casa.

—Te envidio. —Apuró el contenido de su taza—. Hablando de trabajar, pronto empiezan los meses vacuos. ¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer?

Julia permaneció en silencio. No había pensado en ello.

—Deberías decidirlo ya —prosiguió—, sobre todo si quieres ir lejos. Ya sabes lo imposible que resulta encontrar plaza en según qué rutas de aerodeslizador. —Habla sin mirarla, mientras tecleaba algo en la interfaz de su brazalete—. ¿Por qué no vas a visitar a Philippa? Seguramente tenga ganas de volver a verte. Es tu mujer. Y te quiere.

—Y yo a ella. Pero no, no tengo ganas de ver a Philippa. Sabes perfectamente que ya no nos soportamos cerca. Nos hemos conocido del todo. Y no funcionamos.

—¿Y qué tal un cambio de aires? —Kate terminó de teclear, se volvió hacia Julia y siguió hablando sin esperar

respuesta—. La red de movilidad estatal está funcionando mejor que nunca. Una temporada en otro sitio, haciendo otras cosas, te puede venir bien. Petra estuvo dos meses en Agro aprendiendo a tejer a mano con fibras naturales. ¿Te imaginas? Y la amiga de Lanissa, esa tipa con la que cenamos la otra noche en El Cerdo Amarillo, hizo una asistencia como personal B de Seguridad Médica en Tirinto. Se lo concedieron a las dos semanas de solicitarlo. Estoy segura de que tú, como sintobióloga, lo tendrías fácil para que te concedieran una asistencia laboral, o un intercambio. —Atrajo hacia sí el taburete en el que estaba sentada Julia—. O también podríamos irnos a la ribera de Lagos a beber panyab y a dormir desnudas sobre la arena. —Rodeó su cintura con el brazo y deslizó suavemente la mano opuesta por su nuca antes de besarla. Julia se estremeció al sentir los dedos de Kate sobre su piel, pero respondió al beso distraídamente.

—Me gustaría salir del continente.

Kate se inclinó hacia atrás, mirándola con aire divertido. Julia no miraba hacia ningún sitio en particular. Siguió hablando:

—Quiero ir más allá de Ónfalos. Quiero ver el otro continente.

La expresión divertida en el rostro de Kate se transformó en un gesto de preocupación. Puede que la noche anterior se le fuera un poco la mano con la prunia. Sería mejor dejarla descansar. Volvió a besar a Julia, esta vez en la frente, se levantó del asiento, agarró su I.P. manual de la pequeña balda donde ambas dejaban sus identificadores personales, y salió del apartamento.

No había sido del todo sincera con Kate. Aquella mañana la esperaban en el centro, pero les comunicó, por mensaje escrito, que se encontraba mal y necesitaba descansar.

Se dirigió a su sala de trabajo. Las paredes de la estancia estaban apuntaladas por estanterías de diferentes tamaños. En ellas se amontonaban, sin orden aparente, tabletas antiguas, prototipos robóticos para investigación, nodos inservibles, viejos visores de nanocirugía, prótesis sintéticas y un sinfín de pequeñas piezas de dudosa procedencia. En el centro de la sala descansaba una mesa rectangular de gran tamaño, parcialmente sepultada por el terminal de trabajo de Julia; una amalgama de pantallas y sensores, y un pequeño contenedor de carbono que emitía un zumbido apenas audible.

Clavó los ojos en la pared del fondo, justo en la pequeña estantería que permanecía oculta tras un panel con celosía de polifibra. Se acercó lentamente y extendió el brazo hasta rozar con la punta de sus dedos la fría sombra del marco laminado. La respuesta a tantas preguntas que durante tantos años se había hecho se escondía allí, como una burla silenciosa. En todo ese tiempo, la única manera que había encontrado de eludir su misterio intraducible era mantenerlos ocultos. Le dijeron que era lo mejor.

No te los vamos a quitar. Son tuyos, te pertenecen. Pero ahí solo queda dolor. Entiérralos por ahí y no te hagas daño, niña.

Cuando era pequeña solía observarlos ensimismada, durante horas, sin hacerse preguntas, tan solo admiran-

do su formidable apariencia. Las preguntas vinieron después, pero al no encontrar respuesta quedaron relegados a bagaje material y se dedicó a transportarlos y almacenarlos como trastos cada vez que se mudaba. Ahora se sentía preparada para hacerse las preguntas oportunas, pero no sabía por dónde empezar.

Retiró el panel por primera vez en tres años, desde que se mudara allí con Kate. Ahí estaban, los cinco, ninguno exactamente igual a otro, ni en forma ni en envergadura. Ordenados desde el más pequeño y sencillo, de apenas el tamaño de un puño y casi sin ornamentos, hasta el más grande y majestuoso, de alrededor de un metro y medio de altura. El grande era una magnífica obra de artesanía. Las orejas flexibles de filamentos de plata trenzados, los enormes ojos naranjas de ámbar, el pico negro y afilado, y un cuerpo robusto envuelto por una amalgama de finísimas capas superpuestas de un metal dúctil y brillante que imitaba el plumaje original de la criatura.

Allí estaban los búhos.